

PENÍNSULA ODISEAS

Cuadernos de Kabul

Ramón Lobo

Historias de mujeres, hombres
y niños atrapados en una guerra



Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Nota del autor

Liturgias y miedos ante el viaje

1. El tráfico en una guerra es infernal
2. El negocio del inventor del miedo
3. Los empotrados tampoco están seguros
4. Hoteles, Kapuscinski y competencia
5. La televisión es una fábrica de médicos
6. El bar que odian los talibanes
7. Oficios de pobreza alrededor de un kebab
8. El niño del zoológico quiere volar
9. Furia religiosa contra el cine de Charikar
10. No fumar para morir mejor
11. Esclavos en la panadería de Kartace
12. Democracia es comer como nosotros
13. Cazadores de recompensas en Chicken Street
14. Tengo un problema: me quieren matar
15. Las barberías tienen la culpa del fracaso
16. Obama debería escuchar a este hombre
17. Las patatas de Bamiyán saben a guerra
18. El libro es un lujo que sólo se huele
19. El hombre que construye esperanzas
20. El aeropuerto del fin del mundo
21. El privilegio de morir de muerte natural
22. El niño que vende zumos de fruta
23. El banquero que trabaja en la calle
24. El hombre que abre zanjas y planta Internet
25. El fotógrafo de la Cruz Roja
26. La ilusión regresa al teatro
27. Cuando ser mujer libre es un grave problema

28. Un herrero en el mercado de los pájaros
 29. El frente huele a cinco estrellas
 30. El cuidador del cementerio de los ingleses
 31. Zabur, el volador de cometas
 32. A los talibán no les gusta la música
 33. El oficio de no pensar
 34. El futuro está en la frontera
 35. Jugar al fútbol sin burka
- Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre
una
nueva forma de disfrutar de la lectura

**¡Regístrate y accede a contenidos ex-
clusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

«Este es un libro de personas y aromas, de un Kabul a pie de calle que fluye paralelo a la política y a la guerra. Un Kabul a menudo invisible para la mayoría de los diplomáticos y contratistas extranjeros que se mueven en vehículos blindados y viven en hoteles de lujo o en casas amuralladas protegidos por ejércitos de guardas privados. Periodismo es mancharse de polvo los zapatos, pisar calle, escuchar, emocionarse para conectar con la emoción del otro, la única que importa.»

Cuadernos de Kabul nos sumerge en la otra cara de la guerra, la de las pequeñas o grandes historias de las verdaderas víctimas del conflicto: aquellos que casi nunca tienen derecho a protagonizar su propia noticia. Ramón Lobo nos recuerda la lucha anónima de los civiles, el peso de la vida en la retaguardia, el dolor de las personas que tratan de vivir un día más en medio de un enfrentamiento bélico. No como explicación de lo que allí sucede, sino como muestra de una realidad repleta de colores, olores y sabores, de gentes sin derecho a un nombre y a una voz.

Cuadernos de Kabul

Ramón Lobo

Historias de mujeres, hombres
y niños atrapados en una guerra

ediciones peninsula

A Carmen, por aquellos años

NOTA DEL AUTOR

Este es un libro de personas y aromas, de un Kabul a pie de calle que fluye paralelo a la política y a la guerra. Un Kabul a menudo invisible para la mayoría de los diplomáticos y contratistas extranjeros que se mueven en vehículos blindados y viven en hoteles de lujo o en casas amuralladas protegidos por ejércitos de guardas privados.

Periodismo es mancharse de polvo los zapatos, pisar calle, escuchar, emocionarse para conectar con la emoción del otro, la única que importa. No siempre es fácil. A veces la seguridad condiciona los movimientos, como sucede en Siria; otras, son los recortes económicos de las empresas los que impiden coberturas largas. Quedan los *freelance*, decenas de jóvenes periodistas que luchan por contar lo que sucede, que se niegan a izar la bandera blanca aunque los ingresos no cubran los gastos.

El periodista que va a conflictos debe desnudarse de prejuicios, salir a la búsqueda del otro lo más libre posible de sí mismo para poder entenderle; al menos, captarle. En la guerra (y en la paz) interpretamos personajes para sobrevivir. Un amigo dice antes de salir de casa: «Se levanta el telón». Nuestro trabajo es ese, desvelar los mecanismos que mueven la tramoya. Y tener paciencia.

Un periodista que va a guerras es incapaz de abarcar toda la guerra, de explicarla, debe buscar pequeñas historias que conecten con la historia general. El libro que tiene entre sus manos es un texto de pinceladas, de civiles afganos que les tocó vivir en un país sin futuro. Es posible que ninguna de las 35 historias nos conecte con un todo mucho

más complejo, pero todas juntas logran trasladarnos a un Afganistán atrapado en una Edad Media sin salida torturado con las armas más modernas.

Los cuadernos nacieron en dos viajes en agosto y noviembre de 2009. Entonces trabajaba en *El País* y me dedicaba a ir a conflictos. Mi misión era cubrir unas elecciones presidenciales en un país destruido y analfabeto. Los comicios eran un artificio, y para mí una excusa de viaje; un acto propagandístico dentro de una mentira mayor: mostrar un Afganistán en paz, casi en vías de ser una democracia, y poder decir a las madres de los soldados muertos que el sacrificio mereció la pena.

No era verdad, Estados Unidos y sus aliados habían perdido la iniciativa militar y política dos años antes. Los talibanes no estaban derrotados. Como no lo está el Estado Islámico de Irak y el Levante. Si pierde Siria se moverá a otro país. Las guerras no terminan cuando lo dicen los invasores ni sus medios de comunicación.

En esos viajes a Kabul solo entrevisté a un político: Ramazan Bashardost, uno de los candidatos. Quedó tercero. Él me dio las claves de los errores occidentales. Titulé su pieza «Obama debería escuchar a este hombre». Me dijo que habíamos mandado todo lo que les sobraba, armas y soldados, y que se nos olvidó la educación y la cultura.

Cuando contamos los muertos que nos duelen solo existen los nuestros, los que tienen nombre y apellido, y una historia detrás. Nunca buscamos en las vidas de los muertos del otro. Son estadística. Los llamamos daños colaterales, sea de Afganistán, Siria, Irak o Somalia. Sucede también en cada atentado yihadista.

Cuando aterricé en Kabul en agosto de aquel año sentí el polvo como un discurso de bienvenida. Flotaba en el aeropuerto, en las calles, en el hotel en el que me hospedé, uno discreto y sin lujo. Parecía un país envuelto en una neblina arenosa que entraba en los pulmones. No solo era el polvo, también nos contaminaba la propaganda.

Era la época dorada de los blogs. Los reporteros se duplicaban en las webs para disponer del espacio que les negaban en el papel. Internet parecía una bicoca para los que les gusta escribir piezas interminables. Cuando aterricé en ese Kabul de arena y polvo solo tenía claro lo que no quería hacer: escribir sobre nosotros.

Los cuadernos fluyeron solos. Fueron una brújula y un ancla a la vez. Me obligaron a detenerme en personajes en apariencia menores, como el niño vendedor de zumos, las mujeres que jugaban al fútbol o «El cuidador del cementerio de los ingleses».

Situado en el barrio Qalai Mosa, aquel camposanto es un lugar mágico. En él se hallan las lápidas en las que están escritas todas nuestras derrotas, y la razón por la que no ganaremos una guerra en Afganistán. Nos falta humildad para escuchar a la gente que pretendemos liberar. Otro eufemismo, como el de las elecciones. Esconde el único motor de la guerra: expoliar la riqueza, sea mineral o petrolera, ocupar un territorio, ser el rey del universo.

LITURGIAS Y MIEDOS ANTE EL VIAJE

Viajar es una aventura compleja: representa la modificación brusca de las costumbres que en su repetición ofrecen cierta seguridad en un mundo inseguro. Viajar es acudir al encuentro del otro, de sus anhelos, de sus miedos. Viajar es abandonar el nido, el vientre materno, la cueva, y asumir un riesgo: partir hacia lo desconocido, lo impredecible e incontrolable, y más aún si el destino es una zona de guerra como Afganistán. No importan la experiencia ni los años; la liturgia y los temores son siempre los mismos, más logísticos que físicos. Éstos llegan después, a veces cuando es demasiado tarde y el periodista está sentado en el avión de regreso cargado de fantasmas, voces y desgracias de la gente que acaba de conocer. Uno tiene miedo cuando recuerda los motivos del miedo.

Un buen intérprete, mejor chófer, hotel, electricidad; conexión a Internet, sentido común y mucha suerte... Éstas son las claves que diferencian una cobertura feliz de otra peligrosa.

En el viaje del enviado especial a un conflicto el principal enemigo es la soledad, por eso apenas existen las rivalidades entre los periodistas, más allá de la competencia en las historias. Exceptuando los raros y los idiotas, que los hay, la mayoría busca en la cena compartida el calor de sus compañeros. Surgen amistades profundas que por alguna razón se limitan a esos espacios tan extraordinarios y no se prolongan en la vida ordinaria. Son lazos fortísimos que necesitan descansos, alejamientos preventivos. Con estos amigos contruidos en soledades, miedos, ansiedades y

peligros no es necesario hablar para mantener una conversación. Sucede en los funerales. Un abrazo de segundos es un diálogo de semanas.

El viaje comienza varios días antes del hecho de viajar, cuando la cabeza se adelanta al cuerpo y se dirige al destino como una avanzadilla que inspecciona el terreno y espera la llegada a plazos de todo lo demás. A veces, antes de partir el periodista emborriona su libreta de notas con ideas absurdas para combatir el pánico en cualquiera de sus formas: miedo al fracaso, a no entender, miedo a no saber contar, miedo a no regresar o a regresar incompleto. Llenar la maleta es otra manera de iniciar el camino: cada prenda lleva adherida una imagen, un olor, un sueño, una promesa, una despedida.

Viajar es una aventura compleja que puede resultar muy placentera. Colma al viajero de experiencias que modifican y enriquecen la suya, la mejoran y ensanchan. Es vivir varias veces, no por la intensidad ni el peligro, sino por la gente que se cruza y regala una parte esencial de sí misma, de sus esperanzas, de su existencia destruida.

Algunos corresponsales especialistas en guerras viajan por aventura. Otros lo hacen desde una huida, desde una infancia compleja bajo un padre autoritario, o por una familia rota, o por llamar la atención y que los quieran y los besen al regreso. Pasados unos años uno viaja sobre todo para aprender, para comprender que es un privilegiado en un mundo sin privilegios para la inmensa mayoría de los habitantes del planeta, y sobre todo uno viaja para contar historias de personas a las que el destino, esa forma sutil de denominar la injusticia y la opresión, les niega el derecho a protagonizar la suya. Viajar y contar, dar voz a los que no la tienen, conmover conciencias para que nadie pueda decir «no lo sabía». Ésa, además de informar, es la esencia del trabajo del periodista.

(Procede de un post publicado en el blog En la boca del lobo el 31 de octubre de 2009 de camino a Kabul.)

1

EL TRÁFICO EN UNA GUERRA ES INFERNAL

La capital de un país acostumbrado a las guerras es una ciudad sucia y caótica tomada por el tráfico, el humo y los bocinazos. Se nota que no existe costumbre de seguir las normas porque nadie respeta las escasas señales que quedaron en pie ni las direcciones únicas. El deporte nacional en el centro de Kabul es torear los unos a los otros a bordo de unos coches más o menos herrumbrosos y desvencijados, sin colisionar ni derribar a ciclistas y peatones que deambulan revueltos y sin rumbo fijo. Es agosto y hace un calor denso y seco, un calor que pesa. No hay industrias más allá de las de la muerte y unas pequeñas fábricas de ladrillos y bebidas gaseosas, pero en el aire flota una mezcla agria de arena, polvo y partículas que proceden de alguna contaminación mal digerida o de los tubos de escape de miles de automóviles que vomitan vejez y gasolina aguada. Algunos coches llevan el volante a la izquierda, como en España; otros, a la derecha, como en el Reino Unido. Es su sello de origen: Pakistán, donde el difunto Imperio británico dejó legados y hábitos tan rentables como los de un parque automovilístico cautivo para su industria nacional.

El aterrizaje en Kabul resulta espectacular, enmarcado por enormes montañas que parecen plegadas en una maqueta de cartón piedra. El avión se mueve entre ellas, como si jugara, como si temiera. Al fondo y nevado, el imponente Indu Kush (significa Muerte de los indios), una cordillera que atraviesa el país con elevaciones por encima de los siete mil metros. Qué belleza generan los lugares silenciosos donde no llegan las balas, ni la ambición de los

hombres. Cada una de esas montañas compone la geografía de lo imposible, de por qué esta guerra no se puede ganar, de por qué esta guerra no se ha ganado nunca, ni en el siglo XIX ni en el XX: quienes son capaces de sobrevivir en estas condiciones de altitud, frío y calor extremos y a una tierra fabricada de rocas, arena, polvo y hambre, carecen de miedo a la muerte porque la muerte no es un concepto o una amenaza, es su forma cotidiana de estar vivo. Y los que a nada temen no pueden ser derrotados por la amenaza de las armas.

El aeropuerto de Kabul, rehabilitado gracias a donaciones procedentes de Japón, es pequeño y limpio. Los escasos aviones de pasajeros que toman tierra y despegan lo hacen entre los movimientos de los helicópteros de combate, los C-130 Hércules y los gigantescos C-5 Galaxy, destinados al transporte de tropas y material de guerra. Por la terminal internacional deambulan policías en actitud ociosa, como si no fuera suficiente su suerte de no tener que jugarse la vida en las calles de la ciudad. Algún que otro agente calza chanclas. Varios abruman, entre risas de macho excitado, a tres azafatas de la línea aérea Safi bajo la excusa de unos formalismos no cumplimentados. En un mundo de burkas, las piernas de las mujeres extranjeras, encerradas en unas medias que parecen darles forma, son un manjar para los ojos. Los que miran, devoran; los que no disimulan, babean. Las tres azafatas de origen centroasiático, kazajas o kirguisas, se ruborizan. Si de la disposición hacia el deber de estos policías del aeropuerto dependiera el éxito de la guerra contra los talibán, la derrota del Gobierno de Hamid Karzai sería rápida e inapelable. Sin tropas extranjeras no hay supervivencia ni victoria posible; con ellas, tampoco. Es la tragedia de Afganistán, un callejón sin salida.

Tras pasar el control de pasaportes hay que inscribirse en un registro de extranjeros. Es para los periodistas que llegan en aluvión para cubrir la primera vuelta de unas elecciones presidenciales que las televisiones globales califican